

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

Teoría de la guerra e Historia conceptual: argumentos para una línea de investigación.

Velazquez Ramirez Adrian.

Cita:

Velazquez Ramirez Adrian (2013). *Teoría de la guerra e Historia conceptual: argumentos para una línea de investigación*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/518>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

**XIV Jornadas
Interescuelas/Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2013**

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 61

Título de la Mesa Temática: Historia Conceptual. Problemas y estudios de caso

Apellido y Nombre de los coordinadores: Elías Palti y Gabriel Entin

**Teoría de la guerra e historia conceptual: apuntes para una línea de
investigación.**

Adrián Velázquez Ramírez

UNSAM-IDAES-CONICET

adrian.velaram@gmail.com

<http://interescuelashistoria.org/>

Teoría de la guerra e historia conceptual: apuntes para una línea de investigación.

Adrián Velázquez Ramírez
UNSAM /IDAES-CONICET

1.- Introducción:

“Aviso. Motivos que no pueden indicarse aquí me obligan a cerrar con este número el periódico de la tarde. En otro momento se le presentará al público un resumen, comparando lo que hacía esta publicación con lo que se creía tener el derecho de prometer, incluida una construcción histórica de la diferencia posible”

-Heinrich von Kleist, 1811

El crítico aviso aparecía en la edición del 30 de marzo de 1811 del *Berliner Abendblätter* y hacía las veces de una dramática despedida. Las razones – nunca del todo aclaradas por el editor- del cierre de la gaceta de Heinrich von Kleist¹, fueron motivadas por la censura prusiana de lo que era la principal apuesta de la gaceta berlinesa: la difusión en Prusia de la guerrilla española contra Napoleón (Solano Rodríguez, 2001). Esta censura, no sólo obedecía a la tensa situación entre la dinastía monárquica prusiana y Napoleón, sino que apuntaba a una transformación profunda que amenazaba de forma mucho más radical a las monarquías de la Europa post-revolución francesa: la constitución de un espacio político nacional.

La guerrilla española de 1808-1813 contra la ocupación napoleónica ayudó a forjar el mito del partisano y a difundir la táctica de guerrilla por toda Europa. A la postre, su importancia política se vería reflejada, por contraste, en el derecho de guerra constituido tras el Congreso de Viena de 1814-1815. Ahí, se restauraba a las soberanías estatales el derecho exclusivo de guerra e introducía la distinción entre combate regular

¹ Heinrich von Kleist fue un novelista, poeta y dramaturgo clave en el romanticismo alemán y en la conformación de la identidad cultural alemana. Perteneció al ejército prusiano del cual desertó tras la derrota contra napoleón. Se suicidó más tarde ese mismo año, en noviembre de 1811, alegando entre otras cosas, un profundo desencanto con el destino de la patria prusiana.

y combate irregular (Schmitt, 1985:118). El surgimiento de esta demarcación no sólo buscó consolidar la soberanía del incipiente Estado moderno y asegurar su monopolio de la violencia a través de la conformación de ejércitos nacionales, sino que también apuntaba a la despolitización de un espacio político en formación. La innovación táctica que permitió a los españoles detener al ejército más poderoso de Europa, había mostrado una cara diferente de los súbditos de la monarquía. El pueblo español, organizado y armado contra el invasor, había terminado por confirmar -por vías muy diferentes- el horizonte abierto por la Revolución francesa. La recepción prusiana de la experiencia española lo expresaba de manera clara: el pueblo-nación se ha convertido en un factor de poder indispensable en la conducción política del Estado.

Un poco más tarde de la aparición del último número del *Berliner Abendblätter*, Carl von Clausewitz escribía el célebre *memorándum-confesión* de 1812. Ahí, el general prusiano daba cuenta de los éxitos de la guerrilla española y se aventuraba a sugerir su réplica como una alternativa válida para combatir al invasor francés en Prusia, que en ese momento vivía una completa sumisión a Napoleón -ratificada por el pacto militar que convertía al territorio prusiano en la plataforma de lanzamiento de la invasión napoleónica a Rusia-. Sin embargo, Clausewitz distaba mucho de ser un guerrillero español. Parte de la clase militar que había impulsado la reforma del ejército posterior a la derrota de 1806 contra Napoleón, la propuesta de Clausewitz era aprovechar las ventajas tácticas de la guerrilla bajo el liderazgo estratégico del ejército prusiano. El genio de Clausewitz consistió en mostrar, con una claridad de pensamiento que sólo es superada por la firmeza de su sentencia, que en aquella turbulenta época que se vivía las energías morales y los sentimientos patrióticos eran un elemento indispensable en la conducción de la guerra. Mostraba así un vínculo que daría forma a la posterior teoría moderna de las relaciones internacionales: la conducción de la política interna de los Estados nacionales es indisoluble de su política exterior. Con ello, política y guerra quedan relacionadas en un continuo que tiene en la consolidación de la racionalidad estratégica su principal norte orientador.

No sería hasta que la situación política y militar europea cambió tras los reveses del ejército francés en Rusia, que Prusia se arrojaría decididamente a combatir la ocupación francesa. Sin llegar a los niveles de movilización y participación popular observados en España, la *Guerra de liberación* de 1813-1815 (*Befreiungskriege*) supo combinar la incorporación de milicias de conscripción voluntaria (*Landwehr*) con el uso del ejército regular prusiano. Desde distintas perspectivas, hay cierto consenso dentro de

la historiografía alemana en concederle a este periodo el estatus de un cierto despertar de la identidad nacional alemana (Clark, 1996).

Lo que nos interesa mostrar es cómo la Teoría de la guerra de Clausewitz- en particular lo que respecta a la cuestión de la sublevación popular- se inserta en el desarrollo de las condiciones históricas y políticas de una época caracterizada por un proceso simultáneo de consolidación del Estado como principio de inteligibilidad de lo político y la conformación de un espacio nacional habitado por el pueblo. Este proceso va a otorgarle una cierta especificidad y sentido a la política moderna: como racionalidad que tiene por objeto la conducción política de un pueblo. En este sentido, la Teoría de la guerra nos revela su pertinencia como un campo de aplicación de la Historia Conceptual. Al fin y al cabo, la guerra constituye un campo de aplicación que se despliega sobre un espacio político determinado históricamente y como tal refleja su configuración. La adaptación de las estrategias y tácticas de la Teoría de la guerra al mundo práctico en el que se tiene que desempeñar es indicador de la organización política del mismo y debe analizarse en este tenor.

La estrecha y milenaria vinculación entre el *arte de gobernar* y el *arte de la guerra* da forma a una frontera dónde circulan conceptos que soportan ambos discursos de poder. Con la modernidad política, esta frontera se vuelve mucho más estrecha, en tanto se consolida un pensamiento estratégico que piensa la política y guerra como dos aspectos del mismo objetivo: conquistar la voluntad del adversario a través de la mejor utilización de los medios disponibles. El *combate*, se convierte así en una de las metáforas fundamentales en la interpretación moderna de la política. En esta interpretación, la *violencia*, como aspecto inherente a la política, ocupa un papel central. El argumento focalizará en la figura de Carl von Clausewitz (1780-1831) y buscará situar sus reflexiones sobre la guerra en un contexto histórico en el que se empieza a configurar el escenario político moderno.

2.- Prusia y Clausewitz: el pueblo como factor estratégico

En el texto titulado *Clausewitz como pensador político o el honor de Prusia* (1966), Carl Schmitt califica a la Europa napoleónica como un laberinto de legitimidades en dónde diferentes justificaciones para hacer la guerra colisionaron para modificar de manera irremediable el paisaje político europeo. Época de transición y cambio político, la heterogeneidad de estratos temporales que coexistían en ese momento era notable. En la

figura de Napoleón vuelto emperador del Imperio francés en 1804 se sintetizaban las complejidades y contradicciones de la época. Su avance militar por Europa combinaba la conciliación de intereses monárquicos con la introducción de cambios cocinados al calor de la Revolución francesa. Secularizaciones, liberalizaciones económicas y reformas administrativas venían acompañados de la ocupación o la subordinación de los territorios conquistados por Francia. En sí mismo, el ejército napoleónico heredaba rasgos del proceso revolucionario que lo hacían un instrumento de conquista sin comparación en la Europa contemporánea: “ejército de masas basado en el reclutamiento, que ofrecía a todos posibilidades de ascenso y se apoyaba en una poderosa artillería” (Koselleck, *et al*, 1994:137)

En esta alianza de la “filosofía con el sable” encarnada en el ejército napoleónico, la herencia de la Revolución francesa era una carta con la que Napoleón justificaba la empresa europea del imperio francés. Con la promesa de llevar paz y progreso ahorrándoles la necesidad de pasar por un proceso revolucionario, Napoleón terminó por darle una estocada más al régimen feudal². Prusia no fue la excepción y tras las derrotas de Jena y Auerstädt en octubre de 1806 se llevaron a cabo importantes reformas de corte liberal. Esto, sin embargo, no supuso la introducción de una soberanía popular, aunque sí pudo en marcha un movimiento que conduciría a la revolución de marzo en 1848³. Por el contrario, estas reformas inspiradas en algunos principios revolucionarios tuvieron la finalidad de mantener la estructura de poder monárquica. Esta modalidad de “modernización defensiva” con la que se buscaba combatir las consecuencias de la Revolución francesa inspirándose en ella, introducía un léxico propio de una legitimidad revolucionaria pero con matices en dónde la vocación restauradora y la apertura modernizadora se confundían fácilmente:

“(…) Austria y Prusia coincidieron en extraer de su misma humillación la fuerza de un cierto despertar. Lo que no significa que haya que apreciar su alcance únicamente en función del uso, en aquellos países, de un vocabulario que los mismos hombres de gobierno tomaron prestado de la Revolución francesa y las anticipaciones de los escritores. No siempre

²“(…) la importancia histórica de la dominación francesa proviene sobre todo del desmantelamiento de la sociedad del Antiguo régimen que prosiguió activamente durante la época napoleónica. La abolición del régimen feudal se efectuó generalmente, esta vez, de acuerdo con las modalidades francesas de 1790, o sea contra retroventa de los derechos reales (...)” (Koselleck, *et al*, 1994:137)

³En su libro *La Prussia tra riforma e rivoluzione* (1791-1848), analiza los cambios que se desatan en torno a la modificación del Código General Prusiano y que cronológicamente van delineando el tránsito entre una reforma defensiva a un movimiento social revolucionario.

resulta fácil distinguir, en el movimiento reformador que anima en un momento dado la Prusia de Stein, de Humbolt o de Hardenberg, y el Austria de Stadion o de Metternich, lo que es esfuerzo de restauración o preservación del pesado, de lo que, como recuperación de la tradición del despotismo ilustrado, podía contribuir a modernizar realmente aquellos Estados” (Koselleck, *et al*, 1994:138)

El 9 de octubre de 1806, Prusia ponía fin a la naturalidad contra Francia mantenida desde la paz de Basilea de 1795. En coalición con Rusia, Sajonia, Sajonia-Weimar, Brunswick y Hannover, el gobierno prusiano intentaba mantener su hegemonía sobre la región alemana ante el inminente avance francés. Sólo cinco días después, el 14 de octubre, la guerra concluía con una aplastante victoria francesa en Jena y Auerstädt que significó el derrumbe casi total de la estructura militar prusiana. En sus *Notas sobre Prusia en su gran catástrofe de 1806* escrito por Clausewitz (1922) entre 1823 y 1825 con los apuntes de campo de la campaña militar de aquel año, se destaca la anacronía de la organización militar prusiana respecto a la modernidad del ejército francés. Desventaja que no sólo se traducía en el frente de batalla -en el *teatro de operaciones* como gustaba llamarle Clausewitz-, sino en la estructura de gobierno y en su capacidad financiera y diplomática. Esto significó, según los reportes de Clausewitz, que de los 217,000 hombres que se tenía a disposición para la guerra, menos de la mitad estuvieran efectivamente disponibles para el combate. La debacle del ejército heredero de las glorias de Federico el grande no sólo fue un golpe político y militar para Prusia, sino que trastocaba los principios y valores que sustentaban su identidad, fuertemente asociados a la clase estatal-militar. Los comandantes de los fuertes de Kiistrin (1° de noviembre) y Magdeburg (8 de noviembre) “se rindieron sin oponer resistencia al invasor francés, el ejército se retiró caóticamente y el orden militar fue disuelto” (Hagemann, 2006:587).

La situación después de la derrota y tras la firma de los tratados de Paris y Tilsit en 1806 y 1807 que, junto con el surgimiento de la Confederación del Rin bajo el auspicio de Napoleón, ponían fin al Sacro Imperio Romano, dejaban a la monarquía prusiana al borde del abismo. Con la pérdida de casi la mitad de su territorio y con fuertes gravámenes impuestos por Francia, Prusia se vio en la necesidad de reformarse económica y administrativamente. De igual manera, la estructura militar se vio modificada ante las imposiciones francesas avaladas en el tratado de Paris en las que,

por ejemplo, se obligaba al ejército prusiano a no sobrepasar los 42, 000 efectivos. Mientras que la población sufría los estragos de la ocupación, la monarquía prusiana durante el periodo que va de 1806 a 1813 intentaba sobrevivir subordinándose a Napoleón.

Una de las consecuencias no previstas de la estrategia política de Napoleón al establecer alianzas, vínculos matrimoniales y pactos con las dinastías monárquicas de los territorios ocupados, fue un desplazamiento en la identificación la realeza como principio que sustentaba la pertenencia de los súbditos a un reino. Con las familias reales subordinadas a la voluntad del gobierno extranjero surge un vacío político que, por lo menos en España, Austria y Prusia, fue momentáneamente ocupado por un novedoso sentimiento patriótico.

En España, con la derrota definitiva del ejército regular y ante el marcado anti-clericalismo de las tropas y de las políticas introducidas por Napoleón, el pueblo se organizó y se mostró como defensor de los valores que le daban sentido de pertenencia. Esta irrupción fugaz del pueblo, por una vía diferente a la Revolución francesa, muestra otra línea de acceso al desarrollo del pueblo como factor de poder. Por supuesto, la experiencia española estaba muy lejos de las aspiraciones políticas de establecer una soberanía popular; por el contrario, era motivada por una fuerte religiosidad que se oponía a las reformas seculares impuestas por el gobierno invasor. Sin embargo, en la práctica, el pueblo se descubría como detentor y defensor de valores que le identificaban como parte de una colectividad. Este fugaz desplazamiento, diluido posteriormente en el Congreso de Viena tras la derrota de Napoleón, anunciaba la emergencia del pueblo como una entidad política con capacidad de organización propia y como tal, detentor de una voluntad que entra al juego político.

Sin embargo, lo que más interesa aquí es la diferencia entre la experiencia partisana en España y su recepción y posterior puesta en marcha en Prusia. Es ahí donde emerge el problema histórico que se quiere mostrar. Mientras que en España la sublevación popular fue en gran medida espontánea⁴, en Prusia tomó la forma de una política de Estado, avalada y apoyada desde la estructura militar y ampliamente fomentada por las clases educadas (Hagemann, 2006). Lo que nos muestran las guerras de liberación de 1813-1815 en Prusia es el reconocimiento de la voluntad popular como un factor estratégico que se debe movilizar a bien de tener éxito en la guerra contra

⁴ Si bien hubo diversos intentos de combinar la guerrilla española con la acción del ejército regular estos fracasaron rotundamente.

Francia. Esta maniobra, que incorpora un intenso trabajo sobre la opinión pública, apuntaría a una interpretación de la política que en décadas posteriores terminaría por confirmarse: la política consiste en la conducción estratégica de un pueblo-nación.

Ya en 1809, Clausewitz había mostrado este desplazamiento en los valores y medios que sustentaban la pertenencia a un orden político. Ante un Estado ocupado y una monarquía al servicio de Napoleón, Clausewitz, como era su costumbre, era contundente en el diagnóstico:

"(...) mi idea es que hay que sacrificar totalmente el Estado, que ya no se puede defender, para salvar al ejército (...) Si el ejército prusiano no puede encadenarse al Estado sin sucumbir a él, si la perdición del Estado es inevitable, me parece entonces factible oponer el ejército al Estado y afirmar que es preferible confiar al primero los derechos del monarca antes que ligarlos a este último" (Clausewitz citado por Elía Mañú, 2012)

Sin embargo, cuando los reveses franceses en Rusia pusieron en entredicho la superioridad del ejército napoleónico, el Estado prusiano encontró un margen de maniobra para retomar el liderazgo en la defensa de la patria. Dos momentos diferentes se pueden identificar en la resistencia prusiana contra Napoleón. El primero empieza con la derrota de 1806-1807 y se caracterizó por el surgimiento de círculos patrióticos restringidos, casi siempre conformados por miembros de las clases educadas y que tenían que operar a la sombra de la censura prusiana que prohibía la manifestación pública y la circulación de las ideas patrióticas. El segundo periodo empieza en 1813 tras el avance del ejército Ruso en Königsberg y Berlín y la declaratoria de guerra contra Francia. En ese momento la censura se levanta y el fomento del espíritu patriótico pasó a ser un objetivo de primer orden para el Estado prusiano.

En estos círculos patrióticos se empiezan a desarrollar y reformular conceptos como *patria (Vaterland)*, *nación (Nation)* y *pueblo (Volk)* que, en estas circunstancias, se asociaban íntimamente con un sentimiento anti-francés (Hagemann, 2006:596). El invasor extranjero se erguía como un exterior constitutivo que abonaba a la identificación de un territorio y patrimonio histórico-cultural común considerado como propio. Otra característica del uso de este repertorio lexical en los círculos patrióticos era el papel que le asignaba a la monarquía como un elemento central en la identidad nacional.

Tras el levantamiento de la censura, la difusión de las ideas patrióticas se extendió de las clases educadas hacia el pueblo. Además de panfletos, artículos y periódicos -medios que requerían de una cultura escrita-, se incorporaron caricaturas políticas, canciones, prédicas y sermones públicos que habían demostrado ser tan eficaces en la movilización popular durante la Revolución francesa. Para Karen Hagemann (2006), después de 1813, la guerra en el campo de batalla se complementó con la “guerra de palabras” librada en la opinión pública prusiana y que tenía como objetivo despertar y fortalecer las energías morales y patrióticas⁵. Es en este momento que la difusión de estas ideas fue alentada desde la estructura militar y política de Prusia. Hagemann pone como ejemplo de la colaboración estatal la impresión masiva de textos de autores como Ernst Moritz Arndt, secretario de vom Stein y que en ocasiones alcanzaron tirajes de hasta 80,000 ejemplares.

La efectividad en el fomento del sentimiento patriótico se vio reflejada en la posterior incorporación de la milicia prusiana en la estrategia de guerra. En Marzo de 1813 se publica el reglamento que buscó organizar la movilización de la milicia (*Verordnung uber die Organisation der Landwehr*). Ahí se dispone que todos los hombre entre diecisiete y cuarenta años en condiciones de combatir puedan ingresar voluntariamente al servicio militar. Según los datos que recopila Hagemann (2006), esta conscripción voluntaria significó que entre marzo y agosto de 1813 el ejército prusiano pasara de 67,000 a 245,000 efectivos. En un estimado, se calcula que el 3% del total de la población prusiana sirvió en la milicia (Hagemann, 2006:605). Si bien por la premura y urgencia de la situación militar las milicias prusianas estaban lejos del nivel esperado para combatir, sin duda supuso un engrosamiento masivo del ejército. La operación y organización de esta conscripción voluntaria estuvo a cargo de los mandos militares y civiles de las cuatro regiones militares constituidas al inicio de la guerra y el Estado dispuso de los recursos armamentísticos y financieros para ello.

3.- El lugar de las guerras napoleónicas en la Teoría de Clausewitz

⁵ Esto plantea una explicación alternativa a la liberal-ilustrada que da Habermas respecto al surgimiento de la opinión pública. En la explicación habermasiana el rasgo central es la posibilidad de surgimiento de espacios de comunicación relativamente autónomos del Estado en dónde se despliega una racionalidad comunicativa. Con la importancia otorgada a la opinión pública como una práctica que intenta influir en la voluntad del pueblo, obtenemos, sin embargo, un desarrollo histórico muy diferente (Ver: Gryzanovski, Ernst, 1871).

Clausewitz ocupó una posición privilegiada para observar los grandes cambios provocados por la Revolución francesa. Ubicado en el frente de batalla, fue testigo del nacimiento de una nueva forma de guerra que redefiniría las relaciones entre los Estados nacionales y el propio sentido de la política moderna. Su máximo legado, una obra inconclusa titulada *De la guerra (Vom Kriege)* publicada póstumamente por su viuda en 1830, representa un brillante ejercicio de observación y síntesis de su época cuya actualidad se mantiene intacta aún en nuestros días.

El agitado contexto biográfico llevó a Carl von Clausewitz a conocer los frutos de la Revolución desde una perspectiva muy diferente. Hijo de un teniente retirado que había intentado sin éxito conseguir un título nobiliario, tuvo que esperar a la muerte del rey Federico el Grande para ingresar al ejército prusiano, pues al final de su reinado mantuvo como política la exclusión de los plebeyos del cuerpo de oficiales (Paret, 1992: 201). Su paso por la Escuela Militar de Berlín, en la que ingresó en 1801, lo acercó a la figura de Gerhard von Scharnhorst, un reformador prusiano que se había embarcado en la empresa de modernizar el ejército ante los cambios introducidos en el ejército francés. Scharnhorst veía las ventajas del ejército de Napoleón estrechamente vinculados a los cambios políticos, económicos y sociales que había traído el proceso revolucionario.

Tras graduarse en la Escuela Militar en 1804, Clausewitz fue nombrado ayudante del príncipe Augusto y, con junto a él, combatió contra el ejército francés en la batalla de Auerstädt. Tras la derrota, Clausewitz y el príncipe fueron llevados a Francia donde permanecieron durante diez meses mientras Napoleón negociaba la paz con la monarquía prusiana. Al volver a Prusia se incorporó al círculo cercano de Scharnhorst, que había conformado una comisión para re-estructurar el ejército, adoptando un esquema de organización inspirado en el ejército francés. Durante este periodo sirvió en la Escuela Militar, dónde enseñó la táctica de guerrilla en la Escuela Militar hasta que, en 1812, renunció al ejército prusiano y sirvió en el frente de batalla ruso contra la invasión de Napoleón. Tras una serie de batallas en Rusia, Clausewitz ingresa a Prusia oriental, dónde incluso armó a 20,000 hombres sin el consentimiento del rey para combatir a los franceses (Paret, 1992: 207). Con la declaración de guerra de Prusia en marzo de 1813, se reintegró al ejército a petición del rey Guillermo III.

La Teoría de la guerra expuesta por Clausewitz a lo largo de los 128 capítulos de *De la guerra* representa un punto de ruptura con lo que en esa época se escribía sobre estrategia militar. Uno de sus primeros artículos, publicado en 1805, consistía en una

crítica a la concepción de Dietrich von Bülow sobre la guerra. Mientras Bülow intentaba hacer de la guerra una ciencia exacta, argumentando y exaltando las constantes geométricas implicadas en toda táctica, para Clausewitz la Teoría cumple una función pedagógica (Paret, 1992: 206). De esta manera, la Teoría extrae de los ejemplos del pasado un conocimiento que no puede ser aplicado como una receta absoluta a las situaciones a las que se enfrenta un mariscal. Por el contrario, la Teoría debe ofrecer los puntos críticos y herramientas que capacitan al conductor de la guerra para formarse de un criterio propio con el cual maniobrar entre el azar y contingencia de los combates. Para Clausewitz, Teoría y práctica son dos cosas muy diferentes que sin embargo deben quedar vinculadas en la personalidad del gran dirigente.

Otro de los puntos que alejan a Clausewitz de sus contemporáneos fue que adoptó una definición de la guerra radicalmente diferente al que era habitual para la época. El paradigma que en ese momento dominaba era el de la *guerra de posiciones*. El objetivo de la guerra consistía en hacerse del dominio de determinadas posiciones estratégicas: puentes, accesos, fuertes, mediante sitios que muchas veces sólo quedaban en amenazas. Bajo este esquema el combate entre dos ejércitos era algo que rara vez ocurría, aun cuando se encontraran frente a frente. Para Clausewitz por el contrario, el objetivo de la guerra consistía en la *aniquilación del enemigo*. La unidad básica de la guerra es el combate: “la guerra no es más que un combate singular ampliado” (Clausewitz, 2005: 17). Esta definición explica por qué Clausewitz veía imposible hacer de la guerra una ciencia exacta. Al tener en el combate su unidad básica, la guerra siempre forma parte de una serie de interacciones que la rodean de indeterminación. El combate, así entendido, supone la existencia de por lo menos dos participantes que responden a la estrategia y tácticas del otro. En este sentido la guerra se asemeja más a un juego que a la geometría, en dónde a la acción emprendida siempre le corresponde un reacción del adversario y viceversa.

La guerra supone siempre supone un enemigo y esta situación le da a la Teoría de la guerra su objetivo más puro: “La guerra es pues un acto de violencia para obligar al contrario a hacer nuestra voluntad” (Clausewitz, 2005: 17). Esta interacción que da forma al combate provoca que la guerra adquiera una lógica o tendencia que necesariamente la conduce a su extremo: la aniquilación total del enemigo. Clausewitz demuestra lógicamente esta situación a través de un argumento dividido en tres partes. Es aquí donde la relación entre política y guerra encuentra su verdadera magnitud en la Teoría de la guerra de Clausewitz:

1. “Así pues, repetimos nuestra frase la guerra es un acto de violencia, y no hay límites en la aplicación de la misma; cada uno marca la ley al otro, surge una relación mutua que, por su concepto, tiene que conducir al extremo. Esta es la primera interacción y el primer extremo con el que nos topamos.
2. Mientras no he derrotado al adversario, tengo que temer que me derrote, no soy por tanto dueño de mí mismo, sino que él me marca la ley igual que yo se la marco a él. Esta es la segunda interacción, que conduce al segundo extremo.
3. Si queremos derrotar al adversario, tenemos que medir nuestro esfuerzo por su capacidad de resistencia; ésta se expresa por un producto cuyos factores son insuperables, y que es: el tamaño de los recursos existentes y la fuerza de voluntad (...) Pero lo mismo hará el adversario; así pues, nueva escalada mutua, que en su mera concepción tiene que tener una vez más la aspiración al extremo” (Clausewitz, 2005: 19-20).

Para Clausewitz, esta tendencia que lleva a la guerra a su extremo absoluto es de índole teórica; es decir, se desprende de la lógica del argumento y de la propia naturaleza de la guerra. Teóricamente el conductor de la guerra siempre debe esperar que ésta llegue a su extremo y así debe operar en el campo de batalla. Sin embargo, en la realidad esta tendencia se enfrenta a situaciones particulares en dónde la política juega un rol central, muchas veces limitando la guerra a los objetivos planteados por y desde la política, en dónde no necesariamente se tiene que aniquilar al enemigo para obtener una ventaja en la mesa de negociaciones de paz. Sin embargo, una serie de cambios históricos –de índole también política-, terminan por acercar la expresión real y limitada de la guerra a su concepto teórico, es decir, a su absoluto. Para Clausewitz, la Revolución francesa y Napoleón liberan a la guerra de los cobijos que la mantenían domesticada. Y será precisamente la incorporación del pueblo al *teatro de la guerra* la que permitirá apreciar la verdadera naturaleza de la guerra: “desde Bonaparte, al volverse, primero por una parte y luego por otra, una cuestión de todo el pueblo, la guerra ha asumido una naturaleza completamente distinta, o más bien se ha alimentado mucho de su verdadera naturaleza, de su absoluta perfección” (Clausewitz, 2005:652).

Para entender cabalmente estas consideraciones se debe atender a la nota con la que Clausewitz empieza su obra. Ahí, el general prusiano se lamenta del carácter inconcluso de su trabajo y hace la advertencia de que se encuentra en deuda respecto a dos temas que considera fundamentales en *De la guerra* y que deben considerarse como los ejes interpretativos centrales a través de los cuales habría que re-estructurar los capítulos que la muerte de Clausewitz dejó incompletos. Ambas cuestiones se relacionan con la interpretación histórica que Clausewitz hace de las guerras napoleónicas y las transformaciones en la forma que adquiere la política y la guerra en su contemporaneidad. Estos dos puntos centrales son: a) la relación entre política y guerra condensada en su conocida máxima: “la guerra no es más que la continuación de la política del Estado por otros medios”; y b) la existencia de dos diferentes tipos de guerra: una cuya finalidad sería la derrota del adversario para forzarlo a una paz cualquiera y otra en la que el objetivo sería conquistar territorios fronterizos, ya sea para retenerlas o para usarlas como medio de intercambio en la paz.

Como el mismo Clausewitz afirma en la nota introductoria, el libro octavo concerniente al *Plan de guerra*, resulta fundamental para entender estos dos ejes interpretativos. Ahí plantea la distinción entre *guerra real* y *guerra absoluta* para luego trazar el desarrollo histórico de la actividad bélica que acerca ambos conceptos. La guerra absoluta, como ya se había adelantado, es una consecuencia del argumento teórico, representa la naturaleza de la guerra “en el papel” y no debe confundirse con la práctica militar concreta. El gran mariscal debe estar siempre preparado para la guerra absoluta. Sin embargo, una serie de cambios históricos que Clausewitz rastrea hacen de la expresión moderna de la guerra un ente muy cercano a su absoluto. Esto se deriva, como veremos, del derrumbe de las viejas barreras y convenciones que mantenían a la guerra acotada al equilibrio europeo pre-revolucionario:

“¿Se habría atrevido Prusia en el año 1798 a penetrar en Francia con 70,000 hombres, si hubiera sospechado que el contragolpe en caso de fracaso sería tan fuerte como para echar por tierra el viejo equilibrio europeo? (...) ¿Habría empezado Prusia en el año 1806 la guerra contra Francia con 100,000 hombres si hubiera ponderado que el primer pistolazo iba a ser la chispa en la mecha de una mina que iba hacerla saltar por los aires?” (Clausewitz, 2005:639).

Uno de los criterios con los cuales Clausewitz organiza su repaso histórico son los cambios que se han producido en la magnitud de los fines y esfuerzos disponibles para la actividad bélica. En este sentido, advierte sobre un salto cualitativo que provoca que el fin político de la guerra se vuelva equivalente respecto al objetivo de la guerra como tal. Es decir, que la finalidad política que en otras épocas había guardado una independencia relativa respecto al objetivo último de todo enfrentamiento bélico empieza a coincidir con este: la aniquilación del enemigo empieza a volverse el propio fin político. Esto supone la intensificación de una de las dimensiones más básicas del combate: la *enemistad*. A partir de esta premisa Clausewitz da cuenta de una situación inédita en la historia militar; con la implicación del pueblo en la guerra a partir de los cambios introducidos por la Revolución francesa se transita de una guerra “de gabinete”, en dónde los fines y recursos movilizados para la guerra son restringidos y visibles para los adversarios, a una *guerra de los pueblos*, en dónde la enemistad que motiva el enfrentamiento se desplaza a un nivel existencial y con ello un nuevo tipo de recursos prácticamente ilimitables entran en escena: “Cual es la diferencia entre ambas situaciones lo muestra una atenta observación de la Historia. En el siglo XVIII, en tiempos de las Guerras Silesias, la guerra era aún una mera cuestión de gabinete, en la que el pueblo sólo participaba como ciego instrumento; a principios del XIX estaban en la balanza los pueblos de ambas partes” (Clausewitz, 2005:642).

Volviendo brevemente a la guerra de liberación prusiana, vemos como uno de los factores que entran en juego en la movilización popular es la enemistad franco-prusiana. Esto, como se ha querido mostrar, no es algo que estaba previamente dado -si bien se pueden rastrear fuentes y justificaciones que tiendan a naturalizar esta enemistad-, sino algo que se va construyendo desde distintos frentes y que, incluso, es el propio Estado prusiano el que ve oportuno fomentar esta enemistad a bien de movilizar al pueblo y convertirlo en un factor disponible para la guerra. Una de las fuentes filosóficas de esta enemistad es por supuesto Fichte y su “Discurso a la nación alemana”. En un sucinto análisis de este discurso, Étienne Balibar (2011) reflexiona sobre la noción de *frontera interior* a la que acude Fichte. Ahí, esta frontera surge como una demarcación existencial que separa y resguarda al alemán de la ocupación francesa. La identidad se convierte en una ciudadela, en un refugio que sirve de resistencia ante la intervención del extranjero. Esta resistencia moral, último refugio de la dignidad prusiana-alemana ante la derrota en manos del enemigo, no es defensiva en Fichte, sino que prepara el terreno político de una posterior ofensiva:

“No es solo que esta resistencia no sea compatible con la llamada a las armas, sino que puede considerarse la preparación, el “rearme moral” que precede y condiciona al rearme militar; del mismo modo que el plan de educación nacional que está en el corazón del programa de regeneración de Alemania precede y condiciona a la lucha armada, por la guerra no hace otra cosa que continuar la política por otros medios: o más bien solo la continuará si la política se cimenta sobre una mística cívica, si los soldados —como en Valmy— son los ciudadanos de una comunidad ética. (Balibar, 2011:14)

Ahora bien, ¿cuáles son estos recursos que se vuelven prácticamente ilimitados respecto a la tendencia histórica que se venía observando hasta la Revolución francesa? Podemos distinguir dos aspectos, uno material, es decir, los recursos financieros y armamentísticos que los Estados son capaces de movilizar para sostener un enfrentamiento bélico; y otro aspecto del orden de lo simbólico que tiene que ver con las magnitudes y fuerzas morales que entran en juego cuando se implica al pueblo en el enfrentamiento bélico. Tenemos por lo tanto la convergencia de dos procesos históricos que se van dando simultáneamente. Por un lado, la formación y consolidación del Estado moderno: la nacionalización de las arcas del reino, en dónde éstas dejan de ser la caja privada del príncipe para convertirse, a través del impuesto y la hacienda, en recursos que se desprenden del vínculo político entre los ciudadanos y su Estado y que permiten sostener un ejército permanente. Por el otro, el surgimiento de la nación como espacio político implicado a través de la transformación de los súbditos en ciudadanos implicados en la conducción política del Estado.

Hasta antes de estos procesos, la guerra se llevaba a cabo con recursos muy limitados y ejércitos poco profesionales, en algunos casos contratados expresamente para una empresa bélica particular. Esto tenía como consecuencia que los recursos disponibles puestos en el campo de batalla fueran fáciles de calcular para los posibles adversarios. Para Clausewitz, esto hacía de la guerra algo más parecido a una “diplomacia reforzada”, con “una forma más recia de negociar, en la que las batallas y los asedios eran las notas principales que se intercambiaban. Ponerse en una moderada ventaja para hacer uso de ella al concluir la paz era el objetivo hasta del más ambicioso”

(Clausewitz, 2005:649). Es por ello que el enfrentamiento como tal muchas veces era innecesario, sólo bastaba calcular las fuerzas disponibles en el enfrentamiento para declarar un ganador. Esto mantenía domesticada la verdadera naturaleza de la guerra: “Puesto que se conocían los límites de las fuerzas enemigas, uno se sabía bastante a salvo de una total derrota, y en tanto se sentían los límites de las propias uno se veía limitado a un objetivo modesto. Protegido del extremo, ya no se necesita arriesgar al extremo” (Clausewitz, 2005:649). Mientras que esta era la situación para todos los incipientes Estados europeos, esta forma de guerra mantenía un equilibrio en dónde las reglas del juego de la guerra eran más o menos claras:

“De este modo, en la misma medida en que el Gobierno se separaba del pueblo y se veía a sí mismo como el Estado, la guerra se convirtió en cosa de los gobiernos, que la llevaban a cabo mediante los táleros que había en sus arcas y los vagabundos ociosos de sus provincias y las provincias vecinas. La consecuencia era que los recursos que podían movilizar tenían una medida bastante determinada, que el uno podía conocer los de otro, y sin duda tanto en su alcance como en la medida de su duración; esto arrebató a la guerra el más peligroso de sus aspectos: la tendencia al extremo y a la oscura serie de posibilidades vinculada a él” (Clausewitz, 2005:649)

El problema emerge cuando surge un nuevo participante que a través de un proceso político interno, de carácter revolucionario, logra cambiar la situación de su ensamblaje político y es capaz de romper el equilibrio europeo y las barreras que mantenían a la guerra alejada de su concepto absoluto:

“Así estaban las cosas cuando estalló la Revolución Francesa (...) Repentinamente, la guerra había vuelto a ser cosa del pueblo, y de un pueblo de 30 millones, que se consideraban todos ciudadanos. (...) Con esa participación del pueblo en la guerra, en vez del gabinete y su ejército fue todo el pueblo el que puso su peso natural en la balanza. Ahora los medios que se aplicaban, los esfuerzos que podían ser ofrecidos, ya no tenían un límite preciso; la energía con la que se podía librar la guerra misma ya no

tenía contrapeso alguno, y en consecuencia el riesgo para el adversario era extremo” (Clausewitz, 2005:651)

Vemos que la relación entre política y guerra es mucho más compleja de lo que comúnmente se piensa cuando se cita la máxima de Clausewitz “la guerra es la continuación de la política por otros medios”. Si bien en un momento dado la política aparece limitando la asunción a los extremos implícita en la naturaleza de la guerra, subordinando el objetivo teórico de la guerra al fin político establecido, otras veces aparece aproximando a esta a su completo absoluto, elevando la enemistad a la mutua negación de los pueblos. En este sentido la relación de la política con la guerra aparece más como una tensión dinámica que se va estableciendo de manera diferente durante cada época, que como una relación fijada *a priori* y de una vez por todas. Es en este sentido que las guerras de un determinado periodo histórico deben verse a la luz de las configuraciones políticas que las sustentan, poniendo atención a los sobresaltos, a las continuidades y desplazamientos que hacen de la guerra una actividad histórica y políticamente situadas:

“Podría ser difícil decidir si siempre seguirá siendo así, si todas las futuras guerras de Europa se librarán siempre con todo el peso de los Estados y en consecuencia sólo en torno a grandes intereses cercanos a los pueblos, o si poco a poco volverá a producirse una disgregación entre Gobierno y pueblo, y en absoluto vamos a atrevernos a tal decisión. Pero se nos dará la razón si decimos que las barreras que en cierto modo sólo se apoyaban en la inconsciencia de lo que era posible no son fáciles de volver a levantar una vez arrancadas, y que, al menos en cada ocasión en que se discuta un gran interés, la mutua enemistad se resolverá del modo en lo que ha sido en nuestros días.” (Clausewitz, 2005: 653)

El papel que juega la interpretación de las guerras napoleónicas en la Teoría de la guerra de Clausewitz, se deriva de la profunda perturbación del equilibrio europeo pre-revolucionario del que fue testigo. A partir de ahí, la guerra adquiriría una magnitud muy diferente hasta la que hasta entonces se venía dando. Las conquistas realizadas por el ejército de Napoleón no se conformaban con la anexión de los territorios ocupados para expandir sus fronteras, sino que suponía la negación de la vida política de estos. El avance territorial de Napoleón era así acompañado de una expansión política de los

rasgos que se habían generado durante la Revolución francesa. Para un observador agudo como Clausewitz esto significaría que guerra y política empiezan a relacionarse de manera mucho más íntima. Otra dimensión de esta problemática y que escaparía al propio Clausewitz es el devenir y centralidad que adquiriría la sublevación popular como un instrumento político transformaciones políticas. Este desarrollo habría de alcanzar su punto climático en el siglo XX con las múltiples y diversas manifestaciones que harían de la guerrilla un fenómeno recurrente en el campo político.

4.- El levantamiento popular y la politización del espacio nacional

Una de las consecuencias directas que trae el derrumbe de las barreras que hasta la Revolución francesa habían contenido acotado al fenómeno de la guerra, es la aparición del levantamiento popular que Clausewitz ve surgir en la Europa del siglo XIX. Esto supone la identificación de un nuevo espacio político que emerge a la par de la conformación del Estado moderno: “la guerra popular ha de ser vista en general como una consecuencia de la ruptura que el elemento bélico ha hecho en nuestra época de su vieja delimitación artificial; como una ampliación y un reforzamiento de todo el proceso de fermentación que llamamos guerra” (Clausewitz, 2005:510).

La expansión del elemento bélico al espacio que ocupa el pueblo es parte de la transformación del vínculo político entre los súbditos y el gobierno. La instalación de la sublevación popular como un factor de poder da muestra de la emergencia del pueblo como un factor capaz de intervenir políticamente y cuya voluntad se vuelve en un objeto de disputa al interior de un Estado nacional. La capacidad de conquistar esta voluntad que se ha vuelto el fundamento de la soberanía estatal se convertiría de aquí a la postre en un criterio de acción y operación política. La *razón del Estado* como principio de inteligibilidad de la política⁶ se le debe complementar con una noción en dónde la política que es interpretada como conducción estratégica de un pueblo, como racionalidad que disputa la lealtad voluntariosa de una comunidad política.

Por el momentos histórico, no es casualidad que Clausewitz (2005) trate este tema dentro de sus indicaciones concernientes a la *Defensa* (Libro VI). El prusiano ve

⁶ A propósito de la consolidación de la razón de Estado como principio de inteligibilidad de la política, Michel Foucault llama la atención no sólo en el contenido histórico que condicionó esta emergencia sino el esquema mental que se impone ahí. Dicho esquema está íntimamente vinculado con la racionalidad que pone en juego Clausewitz y que la define como la propia naturaleza de la guerra. Para Foucault este esquema “nos pone por primera vez en presencia de un pensamiento político con pretensiones de ser al mismo tiempo una estrategia y una dinámica de fuerzas” (Foucault, 2006:340).

en la sublevación popular una potencialidad táctica efectiva cuando el objetivo es defender un territorio de una invasión. Ahí habla de su utilidad cuando es complementada y guiada por el liderazgo estratégico del ejército regular. Clausewitz asigna a la sublevación popular una labor periférica, con la tarea de corroer los límites que rodean el núcleo central de las fuerzas del enemigo. En este sentido, para Clausewitz es claro que si lo que se quiere es aprovechar de la mejor manera la sublevación popular, esta nunca debe sustituir al ejército regular, sino complementarlo con una labor periférica. La trayectoria histórica que seguiría la sublevación popular mostraría su utilidad como técnica no sólo defensiva, sino ofensiva, como ya lo había mostrado la Revolución francesa.

El desarrollo posterior de esta práctica política estaría condicionada por el surgimiento, al interior del espacio nacional que ocupa el pueblo, de distintos proyectos de transformación que tienen como objetivo ya no tanto la ocupación de un territorio o Estado, sino la propia configuración del orden social. Este desplazamiento vuelve a acercar la frontera entre guerra y política. Un amplio repertorio semántico cultivado durante largos años en el campo de reflexión sobre la guerra se traslada y se convierte en un referente válido y efectivo para pensar la lucha política. Si Clausewitz había pensado en el combate como la unidad básica de toda actividad bélica, las futuras transformaciones harían del conflicto y la lucha política un elemento indispensable en la lógica política que se desarrolla al interior de los Estados nacionales.

Conclusiones: política como conducción estratégica de un pueblo

Una de las grandes obsesiones de la filosofía política es intentar darle a la política una definición que aclare su sentido, así como el papel que juega en nuestra época. Numerosos libros, capítulos y ensayos se han consagrado a contestar ¿qué es la política? Sin embargo, es la propia imposibilidad de llegar a una respuesta lo que hace tan intelectualmente fértil a dicha pregunta. Si bien los sentidos cambian, así como también lo hacen las prácticas que marcan a una época, este cambio no es lineal ni mucho menos ordenado. En el transcurso de las épocas los sentidos anteriores se mezclan con los nuevos, las viejas palabras se le adjudican a prácticas distintas y viejas prácticas se a nombran con otras palabras. A la hora de abordar estos caminos sinuosos, la Historia

conceptual se presenta como una clave de lectura⁷ de estos textos y puede colaborar al esfuerzo -aun cuando todo esfuerzo sea siempre parcial- de reconstruir los procesos que inspiraron las mil y una definiciones que se han dado de la política⁸.

Una de esas definiciones sobre la política la encontramos en un lugar tal vez insospechado: entre las páginas de un tratado militar escrito por un hombre de acción. Apurado por la situación de Prusia respecto a Napoleón, Clausewitz detectó un desplazamiento del cual sería muy difícil volver. Con la transformación del vínculo político en la Revolución francesa, en la conducción del Estado viene a volverse indispensable conquistar la voluntad del pueblo. Esta situación que abarca distintas facetas, también afectó la propia dinámica de la guerra. Clausewitz veía fundamental incorporar en la estrategia un componente emotivo para acrecentara las fuerza moral de una nación que se ve obligada a combatir contra un invasor. Así fue la interpretación y puesta en práctica en Prusia de la guerrilla que los españoles descubrieron como una práctica efectiva.

Bibliografía

Christopher Clark (1996), “The Wars of Liberation in Prussian Memory: Reflections on the Memorialization of War in Early Nineteenth-Century Germany”, *The Journal of Modern History*, Vol. 68, No. 3, pp. 550-576

Clausewitz, Carl von (1922). “Excerpts from notes on prussia in her grand catastrophe of 1806”. Translated by COL [US Army] Conrad H. Lanza, from *Jena Campaign Sourcebook*. Fort Leavenworth: The General Service Schools Press, 1922. Disponible en <http://cgsc.cdmhost.com/cgi-bin/showfile.exe?CISOROOT=/p4013coll7&CISOPTR=596&fileame=597.pdf>

Clausewitz, Carl von (2005). *De la guerra*. Versión íntegra, traducción Carlos Fortea, estudio preliminar de Cabriel Cardona. Madrid, La esfera de los libros.

Elía Mañú, Óscar (2012). “Clausewitz o el honor de España” en Grupo de Estudios Estratégicos, disponible en: http://www.gees.org/articulos/clausewitz_o_el_honor_de_espana_9459

⁷ Clave de lectura porque permite aproximarse a los textos filosóficos de una manera diferente, desacralizando los férreos argumentos cuya lógica puede ser implacable y exponiéndolos a esa experiencia que si bien es una afuera del texto, también es un adentro que impregna los conceptos y sus relaciones. Sin embargo, la Historia conceptual también puede pensarse como clave de escritura, como método del trabajo teórico. En este sentido esta reconstrucción entre argumento filosófico y experiencia también produce, hace emerger nuevos sentidos. En este sentido la Historia conceptual también es un ejercicio de teorización, por tanto, de escritura.

⁸ En este sentido toda Teoría es una observación sobre algo, indagar sobre el vínculo entre la producción teórica y las experiencias que las inspiraron resulta por lo menos, un objetivo interesante.

Balibar, Étienne (2011). *Fichte y la frontera interior. A propósito de los "Discursos a la nación alemana"* en La Torre del Virrey: revista de estudios culturales, , Nº. 10, págs. 11-23

Foucault, Michel (2006). *Seguridad, población, territorio*. México: Fondo de Cultura Económica.

Gryzanovski, Ernst (1871). "On the Origin and Growth of Public Opinion in Prussia" in The North American Review, Vol. 112, No. 231, pp. 291-327

Hagemann, Karen (2006) "Occupation, Mobilization, and Politics: the Anti-Napoleonic Wars in Prussian experience, memory, and historiography" en Central European History 39, 580-610.

Koselleck, Reinhart (1988) *La Prussia tra riforma e rivoluzione (1791-1848)*. Bologna, editrice il Mulino.

Koselleck, Reinhart, Bergeron, Louis, Furet, François, (1994). *La época de las revoluciones europeas, 1780-1848*. Madrid, Siglo XXI.

Schmitt, Carl (1966). Clausewitz como pensador político o el honor de Prusia

Schmitt, Carl (1985). *El concepto de lo político. Teoría del partisano, notas complementarias al concepto de lo político*. México, Folios

Solano Rodríguez (2001). *Un proyecto político para Alemania: Heinrich von Kleist y la Guerra de la Independencia española*. en Espéculo. Revista de estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid. Disponible en: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero17/kleist.html>